

ESCALADA DE LOS SERACS DEL MONTE PERDIDO

POR ESTEBAN LARRAYOZ

En el año 1958 aprovechando las vacaciones de verano ascendí a la cumbre del Cilindro de Marboré, contemplando con asombro y al mismo tiempo con ilusión la cara Norte del Monte Perdido, más conocido por los Seracs del Monte Perdido.

Aquellas paredes de hielo, roca y nieve de cerca de los mil metros de desnivel, causaron una impresión tan fuerte en mi espíritu que siempre tenía la misma obsesión; escalar dicha pared que tanto miedo me daba y al mismo tiempo me atraía desafiante.

Para llegar a buen fin con nuestro proyecto, iniciamos nuestra preparación con fuertes e intensos entrenamientos y no abandonándolos hasta que consideramos que estábamos lo suficientemente preparados como para intentar la peligrosa escalada.

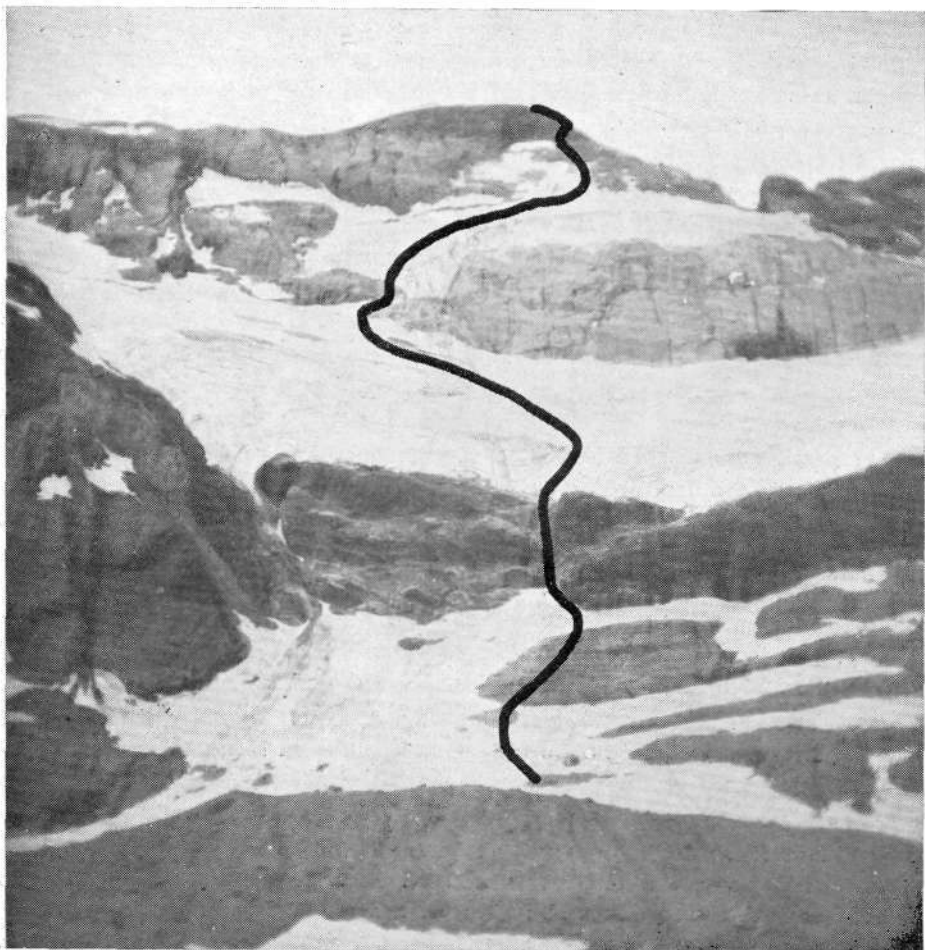
Llegó el día 15 de agosto de 1959, fecha en que nos desplazamos al Valle de Ordesa en motocicleta y de aquí hasta el refugio de Goriz, con las mochilas al hombro y nuestra ilusión puesta en la escalada. Hicimos noche en este refugio.

El día 16, para estudiar la posible vía a seguir y la dirección de las grietas en el hielo ascendimos a la cima del Cilindro de Marboré, desde el cual estudiamos el terreno para asegurarnos de una posible desviación en la escalada. Una vez de haber cumplido con este requisito, descendimos al collado del Perdido y de aquí al refugio francés de Tucarroya, donde pasamos una noche muy grata sobre colchonetas de «espuma».

Son las cuatro de la madrugada del día 17, y al asomarme por la ventana, veo que el tiempo es magnífico. Lleno de ilusión le digo a mi compañero Mikel: «¡Arriba! Llegó la hora tan esperada.» Con pocas palabras y el mínimo de ruido para no molestar a los franceses y a nuestros compañeros que más tarde ascenderían al Perdido por la vía normal, cogimos el material y a las cinco abandonamos el refugio.

Bordeando el lago Tucarroya nos presentamos ante nuestra máxima ilusión y el espectáculo es formidable.

Son las seis de la mañana cuando atacamos las primeras rampas de nieve helada y seguidamente una pared de cincuenta metros de roca, la cual la superamos rápidamente sin tomar la precaución de encordarnos. Bruscamente nos hallamos en una plataforma compuesta por un amasijo de rocas, hielo y nieve y enfrente una pared de hielo de treinta metros de altura.



Itinerario seguido en la escalada de los seracs del Monte Perdido.

(Foto E. Larrayoz)

Esta pared ofrece un espectáculo grandioso: una mescolanza de colores combi-
nándose el verde, azul y blancos en grandes techos de hielo y en enormes y profun-
das grietas, que hacen a nuestra vista el creernos estar en un mundo fantástico e
irreal. Cuando contemplábamos este bello aspecto de la naturaleza, oímos un extra-
ño ruido y una lluvia de roca y hielo pasa por encima de nuestras cabezas sobreco-
giéndonos. Nos basta una mutua mirada para comprendernos, y acto seguido nos
calzamos los grampones y nos encordamos diciendo: «Es la hora decisiva.»

Son las siete y quince minutos cuando comenzamos la escalada. Ascendemos por
sitios difíciles y peligrosos, dada la dureza del suelo. El empleo del piolet se hace im-
prescindible, el suelo es durísimo y al golpearlo con el piolet con todas nuestras fuer-

PYRENAICA

zas, salta en miles de trocitos sin conseguir perforarlo más de treinta milímetros. Lentamente pero seguros, vamos superando la pared, hasta que al fin damos vista al glaciar completo. En estos momentos, otro ruido parecido al primero, nos hace mirar hacia arriba y otra lluvia de cascotes de roca y hielo, se desprende de la segunda pared de los Seracs. Esta vez ya no nos coge de sorpresa y por lo tanto no nos impresionamos como la primera y a la vez vemos que no es peligroso para nosotros, pues pasa por un lado zigzagueando en un rugido sobrecogedor. A partir de este momento, ascendemos los dos a la vez, pues el desnivel, aunque fuerte, permite con el máximo de seguridad, un avance mucho más rápido. Pronto nos encontramos en un laberinto de grietas, sorteadas las cuales, nos permite colocarnos bajo la segunda cascada de los Seracs. A las nueve se produjo una nueva avalancha de piedra y esta vez se nos viene encima. La sorteamos con dificultad pero salimos de esta prueba sin novedad.

Atacamos la segunda cascada por una pared de cuarenta metros de altura y la felicidad que nos habíamos prometido al verla se trocó en desilusión, pues la roca estaba forrada con una capa de hielo de veinte a treinta milímetros de espesor y en muchos sitios había que romperla para poder encontrar asideros más firmes y seguros. A las nueve y media ascendemos por la segunda pared de hielo negro de la segunda cascada de los Seracs, la cual nos resulta más fácil que la primera, alcanzando una altura de veinticinco metros. Son las diez y cuarenta y cinco minutos.

Una vez vencida esta pared, ascendemos por fuertes repechos de nieve recién caída y por lo tanto muy blanda, en la cual nos aseguramos clavando el piolet hasta la pala. Nuevamente atravesamos otro laberinto de grietas y a nuestra vista se ofrecen los últimos repechos de nieve los cuales terminan en hielo. Son las once de la mañana cuando pasamos unos desniveles de nieve y empezamos con la última pared de hielo la cual superamos en fuertes zig-zags. El desnivel es terrible y cualquier imprudencia puede costar una caída de más de setecientos metros de altura. Desde este punto observamos en la cornisa final de la escalada, a cuatro montañeros que nos siguen con la vista en las últimas incidencias de la ascensión. Terminado el hielo nos desprendemos de los grampones pues, ante nosotros se presenta una chimenea en la roca ya desprovista del resbaladizo hielo. Son las once y media cuando empezamos con esta última dificultad la cual la superamos con relativa facilidad, alcanzando la cumbre a las doce y cuarto. Nuestra ilusión se había cumplido, pues habíamos vencido los Seracs del Monte Perdido. Nuestra emoción fue grande al pisar la cima y una efusiva felicitación en un emocionado abrazo dio por terminados nuestros esfuerzos y fatigas.

Emprendimos el descenso y ya en el refugio de Goriz, el guía oficial, Toni Martín nos informó que éramos la segunda cordada que había hecho este año los Seracs, siendo la primera la formada por él y un compañero.

El tiempo invertido en esta escalada fue de seis horas y quince minutos, empleando solamente el piolet, los grampones y la cuerda, ya que por la buena condición del hielo no usamos las clavijas especiales de hielo.

Cordada: M. ARRASTOA y E. LARRAYOZ (del C. A. Uzturre)